

LA LUCHA POR EL ORDEN EN CHILE* **NORBERT LECHNER****

1. LA LUCHA POR EL ORDEN

Chile, a diez años del golpe militar, se encuentra en la encrucijada. Por una parte, el *autoritarismo* ha perdido su iniciativa fundacional y no es más que un administrador de su crisis¹. Se trata de una crisis primordialmente política. Hay una pérdida de confianza en el gobierno autoritario o, dicho en otras palabras, la sociedad quiere, pero no puede elaborar y decidir sus opciones de desarrollo en tanto empresa colectiva. ¿Qué es la descomposición social que cons-

¹ Para un análisis detallado de la evolución del régimen militar chileno ver Manuel Antonio Garretón: *El proceso político chileno*, FLACSO, Santiago, 1983; y Tomás Moulián: *Fases del desarrollo político chileno entre 1973 y 1978*, FLACSO, Documento de Trabajo 155, Santiago, 1982. Para un análisis más global ver Guillermo O'Donnell: *Las Fuerzas Armadas y el Estado Autoritario del Cono Sur de América Latina*, en Lechner (ed.): *Estado y Política en América Latina*, Siglo XXI, México, 1981.

* Tomado de Norbert Lechner, *la conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, FLACSO, Santiago, pp. 143 - 160.

** Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO.

tatamos a diario sino la ausencia de una voluntad colectiva? Con lo cual la construcción de un "sistema político", tarea planteada desde 1973, deviene una búsqueda dramática en 1983. Para comprender la actual "búsqueda de confianza" hemos de retroceder a lo que fueron las determinaciones de la "vida política" durante la última década.

La reconstrucción de esta lucha es indispensable, aunque sólo sea porque, por otra parte, de las cenizas no emerge cual ave Fénix la *democracia*. No sólo porque persiste el régimen militar sino porque aquello que reivindicamos como democracia no tiene una significación unívoca. La democratización no puede ser una vuelta al pasado. Y como futuro, aún carece de fundamentación. No solamente el socialismo, también la democracia ha dejado de ser algo "evidente"².

Ni autoritarismo, ni democracia, por eso resulta ambiguo definir la situación como un proceso de *transición*³. El futuro está abierto no porque existan varias opciones sino porque la alternativa todavía está por construirse. ¿Cómo entonces pensar una experiencia como la chilena? Por un lado, no podemos precisar el contenido material de la eventual alternativa, por el otro, sería insatisfactorio limitarnos al esbozo de "escenarios" coyunturales. Tampoco podemos reducir las opciones al parámetro de derecha e izquierda. De hecho, ¿qué significa en Chile hoy "ser de izquierda"? O bien, ¿con cuáles criterios definir un "hombre de derecha"? La fragmentación de la derecha y de la izquierda no indica un simple problema organizativo. Refleja lo borroso de los tradicionales clivajes ideológicos y la búsqueda por dar nuevos contenidos a las identidades políticas.

² Un buen panorama del debate latinoamericano sobre la democracia ofrecen los artículos reunidos en los números 1 a 4 de la revista *Crítica & Utopía*, Buenos Aires.

³ Podríamos hablar de una "situación de encuentro" entre dictadura y democracia como la que analiza para el caso argentino Francisco Delich: *Teoría y práctica política en situaciones de dictadura*, en *Crítica & Utopía* 8, Buenos Aires, 1982.

No es casual que un tema emergente en los análisis políticos latinoamericanos sea el de la constitución de los sujetos políticos⁴. Bajo un régimen militar, donde la "arena política" institucional ha sido destruida, se vuelve a descubrir lo que en sistemas políticos más formalizados se pierde de vista: la continua descomposición y recomposición del orden y de los sujetos políticos. En esta perspectiva propongo reflexionar el proceso chileno como una lucha por el orden, lucha que plantea hoy la determinación de un "sistema político".

Mi proposición implica dos supuestos. Como enfoque general, supongo que un orden político se constituye junto con y por medio de la constitución de los sujetos políticos. Ningún sujeto se forma por autorreferencia: nos reconocemos como un "nosotros" por medio de los "otros". Y el orden no es sino el proceso de mediación en el cual se reconocen mutuamente los sujetos. Reduciendo la noción de sujeto a la identidad colectiva-política⁵ presumo que el orden político se estructura en un mismo movimiento junto con la delimitación recíproca de las identidades políticas. A partir de tal supuesto, interpreto el *proceso chileno como una lucha por el orden en tanto desarticulación y recomposición de identidades colectivas*.

Supongo además que el "terreno" en que se lucha es parte constitutiva de la lucha y como tal nos puede señalar el contenido y las tendencias del conflicto. ¿En cuáles campos se lucha por el orden? Podemos distinguir tres parámetros: 1) la lucha como guerra, 2) el disciplinamiento organizacional, y 3) el mercado. Los tres tipos de luchas se sobreponen, aunque con diverso énfasis temporal. Los

⁴ Me apoyo en discusiones con Regis de Castro Andrade y Oscar Landi. Ver del primero: *Sociedad, política, sujeto. Variaciones sobre un viejo tema*, en Lechner (ed.): *¿Qué significa hacer política?* DESCO, Lima, 1982. Y del segundo: *Crisis y lenguaje políticos*, Estudios CEDES 4, Buenos Aires, 1982.

⁵ Se trata de un reduccionismo que justifico por la vigencia que aún tienen las posiciones "economicistas" en América Latina. No pretendo redefinir el concepto de *sujeto* sino solamente llamar la atención sobre el "problema de constitución" como lo plantea Marx en un "paradigma de la producción" o Habermas en un "paradigma de la comunicación".

tres son relaciones sociales, aunque asimétricas. Sus desarrollos afectan —con diferentes impactos— a todos los aspectos de la sociedad y a todos los grupos sociales. Finalmente, los tres terrenos de lucha tienen un eje común: la significación de la política. Veo *la lucha por el orden como una lucha por determinar la significación de la política*. Y la concepción de la política como un (no el único) eje articulador de las identidades políticas.

En resumen, propongo analizar las luchas en torno a lo que sería "la política" como una manera de reflexionar en qué sentido podría/debería ser *político* el sistema político a construir⁶.

2. LA LUCHA COMO GUERRA

En toda sociedad de clases las relaciones sociales son conflictivas. Los conflictos devienen guerra cuando el ser de un sujeto depende de que el otro sujeto no sea. Cuando las divisiones sociales son interpretadas como antagonismos excluyentes (libertad o comunismo, socialismo o fascismo) la lucha se transforma en una guerra de vida o muerte. Cada sujeto extrae su "razón de ser" de la muerte del otro. Las relaciones quedan así reducidas a un solo límite clasificatorio: amigo o enemigo. El enemigo es muerto o "desaparecido".

El golpe militar de 1973 define la situación chilena como un antagonismo de "orden versus caos". Tal antinomia no permite tregua ni compromiso; se dirime por la victoria de uno y la derrota del otro. El otro es visualizado como enemigo que hay que aniquilar. ¿Quién es enemigo? Todo lo que amenaza a la seguridad propia: lo diferente. Lo diferente demostraría la presencia del caos. Por consiguiente: defender el orden es eliminar lo diferente. Esta lógica de la guerra no se limita a una situación bélico-militar. Produce una sociedad militarizada. *La política es concebida como la continuación de la guerra con otros me-*

⁶ Una introducción a los problemas teóricos y prácticos que levanta la renovación de la política en la región ofrecen los textos reunidos en *¿Qué significa hacer política?* DESCO, Lima, 1982.

dios. Esto es, se sigue definiendo las relaciones sociales en forma dicotómica: orden versus caos, amigo versus enemigo. Visualizando al caos como un peligro real e inmediato, la defensa del orden exige una "sociedad cerrada". En nombre de la unidad se excluye lo diferente. El otro (el enemigo) es expulsado del orden. No tiene "derecho al Derecho". Sin ley ni rey, es expoliado de su Derecho Humano fundamental, su pertenencia a una comunidad política por medio de la cual el hombre privado accede a aparecer en público: ser sujeto⁷.

La lógica de la guerra es perversa; el orden es definido por el caos, el amigo por el enemigo. Hay que destruir al enemigo, eliminar al marxismo. Pero simultáneamente se requiere la existencia del enemigo como supuesto de la propia existencia. ¿Por qué sino cada discurso oficial vuelve a invocar el peligro del marxismo-socialismo-estatismo? Demonizando al enemigo se asegura la unidad de los amigos. El "caos marxista" y la "unidad monolítica de las Fuerzas Armadas" son las dos caras complementarias de un mismo "discurso de la guerra".

La declaración de guerra tiende a funcionar como una profecía autocumplida: a quien se declara la guerra, se encuentra en guerra. Es definido y se autodefine a través de la guerra. Una vez que la lucha social es transformada en guerra también está determinada la tarea de la *oposición*: la resistencia a la dictadura y su derrocamiento. De poco sirve argumentar que tal objetivo es determinado desde fuera y que confirma la interpretación militar de la realidad. Reprimida y excluida del orden impuesto, la vigencia de la oposición depende de la lógica de la guerra. Si hay guerra es porque hay adversario; la existencia de la oposición se funda en la existencia de la guerra y se legitima por ésta. Al aceptar la lógica de la guerra también la oposición termina fundando su unidad en referencia al enemigo. En condiciones de guerra, cuestionar la propia identidad o al propio Estado Mayor y sus decisiones aparecen como

⁷ Cfr. Hannah Arendt: *Es gibt nur ein einziges Menschenrecht*; publicado nuevamente en *Praktische Philosophie/Ethik*, 2, Fischer Taschenbuch, Frankfurt, 1981.

traición. En nombre del enemigo son dogmatizadas las propias posiciones.

A la inversa: un gobierno que reconoce a la oposición sólo en tanto resistencia no puede aspirar sino a un "estado de guerra". Este no desaparece promulgando una Constitución (plebiscitada) que permite reprimir y humillar a los opositores. Sinceramente, ¿cómo puede un orden pretender ser legítimo, o sea, digno de ser reconocido por quienes excluye como "subversivos"?

Las luchas por el orden no sólo tienen una "lógica", también son experiencias concretas. ¿Cómo es vivida la guerra? Es difícil, cuando no imposible, conocer el "estado de ánimo" de la mayoría de la población chilena. Una experiencia fundamental es seguramente el miedo. Miedo a la muerte, pero también a la vida. Se teme no solamente a la violencia física; se teme no menos a una vida desnuda, sin lazos de continuidad. En tal situación de miedo, ¿cómo hacer la paz?

No hay paz mientras dos grupos pretenden ser portadores de la verdad. Entre la verdad y la mentira, el bien y el mal, la virtud y el vicio no hay compromiso posible. Para instaurar el Reino de la Luz se ha de erradicar de una vez para siempre el mal, el vicio y el error. Es la utopía del conocimiento perfecto. Esta introduce un corte radical entre el presente y el futuro; la sociedad futura se construye sobre una tabla rasa. Tomando esta perspectiva, la estrategia política apunta al colapso del orden presente y se agota con él.

Nosotros no podemos postergar la paz. Hemos de asumir los conflictos y buscar la paz. Una posibilidad es relegar las cuestiones de verdad al fuero privado (conciencia individual) y circunscribir la lucha política al procedimiento formal de la toma de decisiones. Fue el camino del Estado de Derecho y de la democracia liberal. Pero: ¿es posible tal "legitimidad por legalidad" sin recurrir a una noción de verdad o fundamentación racional? Vale decir: ¿reconocemos la validez de una decisión por el sólo hecho de que fue tomada y ejecutada según el procedimiento prescrito o la hacemos depender de una justificación racional

y moral? (y, por ende, de un acuerdo sobre los valores básicos). La pregunta nos plantea un problema central en la reconstrucción de un sistema político; lo que podemos esperar y exigir de un orden democrático.

3. EL DISCIPLINAMIENTO DE LA SOCIEDAD

La tensión entre vida y muerte provoca un éxtasis que no puede perdurar. También la guerra exige rutinas. Despojada de todo heroísmo, la disciplina deviene la experiencia diaria de lo normal y natural.

Un segundo eje de la lucha por el orden es el *disciplinamiento organizacional*⁸. Ahora bien, toda vida en sociedad requiere disciplina y organización: lo que varía es su significación. El disciplinamiento organizativo intenta estructurar una sociedad diferenciada funcionalmente y, por ende, sin conflictos. Está, pues, determinada como un mecanismo de control dentro de un orden jerárquico.

El disciplinamiento organizacional se desarrolla a través de las Juntas de Vecinos, los Centros de Madres, la Secretaría Nacional de la Mujer, la Secretaría Nacional de la Juventud, la Dirección General de Deportes y Recreación, la Defensa Civil y los diversos "voluntariados" femeninos, así como las municipalidades. No disponemos de alguna investigación sobre estas organizaciones, sus vinculaciones funcionales, sus recursos financieros y el número de habitantes incorporados, sea activamente o como beneficiarios ocasionales. En todo caso, no cabe menospreciar su rol en el ordenamiento de la sociabilidad, buscando integrar una *participación funcional* de la población en una *comunidad jerarquizada*. Hombres y mujeres son convocados según ciertos roles casi naturales (mujeres, jóvenes, deportistas, etc.), evitándose toda "contaminación" entre ellos. Millares de personas son encauzadas a través

⁸ Quizá convenga distinguir dos "lógicas de disciplinamiento": la organizacional (mediada por la dominación) y la del mercado (mediada por el dinero). Pero no habría precisar la complementariedad o contradictoriedad de uno y otro disciplinamiento en el caso chileno.

de estos dispositivos organizacionales, transformando incluso aquellos excluidos del mercado en "guardianes del orden".

También antes de 1973 la política chilena descansaba en la organización. Pero *la significación de las organizaciones cambió al cambiar la significación de la política*. El régimen militar desarticula el conflicto político en doble sentido. Primero, clausurando las instituciones que servían de "arena" de competencia a las organizaciones. Pero sobre todo, negando la disposición colectiva sobre la producción y distribución de la riqueza social. Las organizaciones tradicionales pierden así no solamente su espacio de acción sino ante todo su principio legitimatorio. Opera, pues una ruptura radical a pesar de la aparente continuidad. Anteriormente, las organizaciones expresan divisiones sociales; ahora son representaciones del Estado. La inversión es característica de un orden jerárquico.

La sociedad es pensada como una unidad. Tomando la unidad social como una determinación dada, la política queda reducida a su representación. Y todos los miembros de la sociedad participan del todo en tanto cumplen sus funciones. Se visualiza fácilmente la institucionalización del orden jerárquico: presidencia plebiscitaria y participación funcional. La concentración de los intereses sectoriales de la sociedad remiten a la Presidencia como encarnación del interés general. El Presidente (actualizando la tradición del despotismo ilustrado borbón, de la hacienda y del catolicismo) es el vicario de la Providencia que, en la cúspide de la pirámide, sintetiza la diferenciación corporativa otorgando sentido a la participación segmentada en la base.

La institucionalización de un orden jerárquico avanza a través de la *municipalización*. Junto con trasladar a las municipalidades los establecimientos fiscales de educación y salud, ciertos programas de viviendas y obras públicas y dotarlas de un importante presupuesto financiero, se crean los "consejos de desarrollo comunal" como principal canal de la participación ciudadana.

En un país de tradición centralista como Chile, la

municipalización podría otorgar al ciudadano la disposición real sobre su entorno inmediato. El barrio (más que la fábrica) es el lugar privilegiado para materializar el interés por los asuntos públicos. A través de su participación efectiva en la administración comunal, hombres y mujeres concretizan su arraigo e identidad social, acercándose a la complejidad de la sociedad moderna. Sin embargo, los "consejos de desarrollo comunal" tienen solamente una función asesora⁹ y más que órganos democráticos de base son una organización del control jerárquico. Su referente no es la voluntad popular sino el Presidente de la República como representación metafísica de la nación. El objetivo no es elaborar colectivamente, desde la base, las opciones y decisiones de interés público, sino, desde la cúspide, delimitar el campo de los "issues" aceptados y así "racionalizar" las decisiones. La creatividad de la política es reducida a la *solución de problemas* (de acuerdo a reglas técnicas), no dejando lugar a una *subjetivación* de los individuos.

* * *

La municipalización, determinada como disciplina-
miento organizacional, se muestra inadecuada para resolver uno de los principales problemas de la actual situación: la erosión de las identidades colectivas. En efecto, cabe sospechar (la sospecha es el tipo de conocimiento más prudente en las presentes circunstancias) que una condición básica de la crisis es la privatización de la sociabilidad.

A diferencia de los movimientos fascistas, el disciplinamiento no recurre a la movilización masiva ni al "lavado de cerebros". Apunta a la obediencia y el rendimiento, sin

⁹ La Constitución de 1980 establece en su artículo 109: "En cada municipalidad habrá un consejo de desarrollo comunal presidido por el alcalde e integrado por representantes de las organizaciones comunitarias de carácter territorial y funcional y de las actividades relevantes dentro de la comuna, con excepción de aquellas de naturaleza gremial o sindical y de la administración pública". El artículo 110 agrega: "El consejo de desarrollo comunal tiene por objeto asesorar al alcalde y hace efectiva la participación de la comunidad en el progreso económico, social y cultural de la comuna".

preocuparse de los motivos. Las mencionadas organizaciones funcionales no exigen una adhesión subjetiva más allá de una lealtad pasiva al régimen. No imponen confesiones de fe ni ofrecen creencias. El disciplinamiento crea una normatividad fáctica que es respetada sin compromiso afectivo. La conducta social se escinde de la motivación. Al control aséptico desde arriba la gente responde con un desapego a lo establecido, pero sin oponerse activamente. Lo que él o ella han aprendido es que las normas de la convivencia son solamente reglas fácticas, pero eficaces. Por consiguiente, no se rebelan ni adhieren. El desafecto, la pérdida de creencias, certezas y confianzas caracterizan la actual situación chilena. El resultado es un tipo de consentimiento pasivo.

La privatización es un sostén para la existencia de un régimen autoritario, pero a la vez una barrera para su desarrollo. La gente se retira de un espacio público vaciado de contenido colectivo; repliegue a la familia y unas pocas amistades como refugio de emergencia. Se trata de una fuga en términos literales, pero también de una fuga de sentido: ya no se invierte sentido en la vida pública. ¿Qué pasa con los afectos reclusos al fuero íntimo? Lo que comienza como una hibernación puede terminar como una mutilación. Se cortan los lazos con el pasado, pero sin por eso apostar al futuro. Si el ayer aparece como tiempo perdido, el mañana es inimaginable. ¿Cuáles son los deseos y sueños de los chilenos en 1982? No pareciera haber fantasía (aún la artística) que trascienda lo inmediato. Se vive al día, sin otro ritmo que la repetición monótona. Quizá se cultive incluso la inmediatez como un modo de exorcizar las angustias: la vida sigue.

Este ensismismamiento en el presente fortalece el orden fáctico en tanto reduce lo real a la existencia tangible. Solamente lo inmediatamente dado ofrece seguridad. Y sólo se invierten esperanzas en el aquí y ahora. El "hedonismo estoico", sin embargo, le sustrae al orden establecido todo horizonte. No tiene otra significación que la de su existencia fáctica. Sin perspectiva que trascienda el presente, el orden solamente representa continuidad hacia atrás

(por lo que ha durado). Dura día a día, pero no proyecta continuidad a futuro. ¿Qué sentido puede motivar un orden que no trasciende la existencia individual, quitándole su futilidad?¹⁰.

La mera factividad es poderosa aunque sólo sea por eso: porque existe. Pero si no encarna posibilidad, si no es investida de deseos, es un orden improductivo. Como tal puede durar, pero no desarrollarse. La sospecha invade al mismo General Pinochet. "Nos hemos dado una Constitución que rija los destinos de Chile hacia el futuro, pero tengo dentro de mí una inquietud que no la puedo apagar: ¿qué será de este país después que pase este gobierno, seguiremos igual, volverán los partidos políticos, volverán los políticos otra vez a agotar el ambiente; habremos perdido todo lo que hemos realizado en estos años por la ambición de algunos pocos, porque hay hasta organizaciones religiosas que están pensando ya en el futuro, están pensando en socavar...?" (discurso de 11 de mayo de 1982).

* * *

El disciplinamiento provoca la disgregación de identidades colectivas, pero a la vez da lugar a una "lógica de la diversidad". Hay una diversidad propia a todo ordenamiento social que pone límites a la pretensión de eliminar los conflictos.

Los militares y los tecnócratas civiles comparten el mismo paradigma naturalista, enfocando a la sociedad como una naturaleza inerte sobre la cual se actúa aprovechando sus propias leyes naturales. Visto así, la política consiste en el conocimiento científico de la realidad social (la "ciencia económica") y la adaptación de la volun-

¹⁰ "Si el mundo ha de incluir un espacio público, no se puede establecerlo para una generación y plantearlo sólo para los vivos, sino que debe superar el tiempo vital de los hombres mortales. Sin esta trascendencia en una potencial inmortalidad terrena, ninguna política, estrictamente hablando, ningún mundo común ni esfera pública resultan posibles". Hannah Arendt: *La condición humana*; Seix Barral, Barcelona, 1974, pág. 80.

tad a las necesidades. Se trataría, pues, de calcular las opciones implícitas a los procesos sociales para decidir en función de éstas el objetivo preferido. Tal racionalidad formal (cálculo medio-fin) supone una realidad objetiva en el sentido de que cada fenómeno social tiene una significación unívoca. Sólo bajo este supuesto los equipos económicos y los servicios de inteligencia podrían preparar un cuadro de condiciones causales que permita tomar una decisión óptima. De hecho, sin embargo, los procesos sociales no tienen una significación unívoca y, por ende, no hay una y sólo una solución para cada problema.

Aun la dominación más penetrante y omnipresente no crea una realidad unidimensional. Puede imponer un código de interpretación y, de acuerdo a él, fabricar una realidad. Toda realidad es, en efecto, una construcción social en tanto implica una interpretación, delimitación y articulación de sus significaciones. En consecuencia, los problemas y las soluciones son "inventadas" y no "descubiertas". También los "signos del mercado" requieren interpretación. Ahora bien, ninguna construcción de la realidad abarca "lo real" ni lo vuelve transparente. Pero la incertidumbre sobre el futuro no proviene (como reclaman algunos civiles descontentos con los secretos militares) de la falta de información. Más información se acumula y más sospechas surgen acerca de lo oculto. Acallando a la sociedad, el poder se rodea de silencio. Cuan Narciso en Éco, ansiosos generales y economistas sólo contemplan su propia imagen en una sociedad sin voz.

El golpe militar impone una estructura piramidal, delimitando competencias y estableciendo una instancia final de decisiones. Hay una autoridad soberana¹¹. Sin embargo, no elimina los conflictos. Estos son, pues, imputados a los políticos demagogos y a la acción subversiva. La misma jerarquía reconoce así una situación de conflic-

¹¹ Según el artículo 24 de las disposiciones transitorias de la Constitución de 1980 el Presidente de la República puede: a) arrestar a personas hasta por veinte días, b) restringir el derecho de reunión y la fundación o circulación de nuevas publicaciones, c) prohibir el ingreso al territorio nacional o expulsar de él a quienes propaguen doctrinas contrarias, y d) relegar a personas dentro del territorio nacional por tres meses. No se admite recurso a los tribunales contra estas medidas.

to que escapa a cualquier "instancia final" por poderosa que sea. Las contradicciones son inevitables puesto que ningún proceso formal de decisiones es impermeable al contenido de las decisiones y este siempre está contaminado de la equivocidad (complejidad) de las significaciones. De ahí que ninguna estructura de dominación, por vertical que sea, puede impedir el surgimiento de bandos en pugna.

Tales divisiones pueden ser funcionales a un orden jerárquico. La lucha o simple competencia entre los bandos refuerza el arbitraje de la autoridad máxima. Pero, a la vez, personaliza a tal grado el orden jerárquico que su vida institucional depende finalmente de la vida del jerarca. No obstante, el efecto principal es enredar y confundir la comunicación. El postulado de una comunicación unívoca tiene por efecto paradójico, hacer del malentendido un problema central. En el autoritarismo aflora una gran sensibilidad por los subentendidos, rumores y matices, los silencios o los énfasis, en fin por los ruidos que distorsionan la armonía prescrita. Y todo intento por suprimir las disonancias como signos de debilidad sólo amplía su resonancia. Hay una *insuficiencia* de poder-comunicación que me parece desestabilizar al autoritarismo de manera mucho más radical que los efectos de su *exceso* (y abuso) de poder-represión.

La competencia intra-muros tiende a combinarse con posiciones extra-muros. Es propio de la dinámica de las pugnas buscar nuevos recursos, o sea, movilizar sectores excluidos. Inicialmente, la movilización es de tipo clientelístico, cuidando los "muros" del régimen. Pero en la medida en que la lucha requiere siempre más recursos externos, los grupos convocados ganan autonomía, o sea, adquieren una identidad propia.

Los conflictos intra-muros y su extensión extra-muros tienden a cuestionar la vigencia de los "muros" establecidos. La estabilidad de los límites sociales, sin embargo, la garantía de su duración, son indispensables para que el *status quo* reciba una lealtad al menos pasiva. Ahora bien, nunca habrá consenso acerca del sentido de la convivencia social: el porqué y cómo los hombres viven en sociedad.

No se puede imponer ni sustituir ese *consensus omnium* por un poder fáctico. Incluso un orden jerárquico secreta luchas de poder en tanto pugnas por el sentido del orden. Y en estas pugnas se van delimitando las nuevas identidades colectivas.

Si mi "lectura" es más o menos adecuada, entonces retendría la siguiente conclusión: hemos de pensar la política a partir de la diversidad y el conflicto. Para el pensamiento cristiano-occidental, centrado en la unidad y la centralidad, ello no es un enfoque fácil. Asumir la diversidad implica abandonar la imagen de la política como un espacio cerrado. Hoy descubrimos que la política está en todas las partes, lo que no significa que todo sea política¹². Significa pensar la política como una *dimensión* de procesos más complejos, y por ende, determinada por su *contexto*.

Por otra parte, asumir el conflicto no implica retornar a una concepción de la política como una forma de la guerra. Significa plantear el orden como algo *problemático*: un ordenamiento de conflictos. Quiero decir: así como la lucha no es un fenómeno prepolítico (el estado de naturaleza de Hobbes), el orden no es un fenómeno postpolítico (la sociedad sin clases de Marx). Habría que enfocar la política como un proceso de ordenamiento conflictivo de una sociedad dividida. Visto así, la política concierne fundamentalmente a la creación de *mediaciones* y serían éstas las que, en cada caso, determinan "lo político" de un sistema político.

4. EL ORDEN DEL MERCADO

Todo ordenamiento de la sociedad involucra su reproducción material. Si el orden no puede ser reducido a la organización de la economía, tampoco es un mero discurso o dispositivo separado de las condiciones materiales de vida. La lucha por el orden es siempre también una lucha por la racionalidad que determina la reproducción de la sociedad. En Chile, se trazó ese campo de lucha bajo el signo neolibere-

¹² Ver también Tironi, Eugenio: "Reflexiones acerca del cambio social y la política", en *Mensaje*, 321, agosto, 1983.

ral: las leyes del mercado como el principio regulador de los procesos sociales¹³.

La lucha contraponen dos concepciones de la política. En la tradición democrática, los "modelos" económicos asumen la diferenciación-tensión entre la economía y la política. Apuntan a la *construcción* de determinada estructura económica y, por consiguiente, requieren y suponen determinada voluntad política. Hay un "primado de la política" en el sentido de que es la sociedad misma (por medio de sus instituciones políticas) la que organiza sus procesos de producción y distribución. El (precario) compromiso entre la lógica capitalista de la economía y la lógica democrática de la política es rescindido por los neoliberales al rechazar "la ilusión de que podemos crear deliberadamente el futuro de la humanidad" (Hayek)¹⁴. Lo nuevo de los neoliberales es ese rechazo al principio de la soberanía popular en tanto fundamenta una concepción de la sociedad como sujeto de su destino. Y, por ende, su rechazo a la idea de sujeto político. Su enfoque disuelve la distinción entre *bourgeois* y *citoyen* que hizo posible a la democracia liberal. La política queda "reducida" a la economía y desaparece como ámbito especial. Vale decir: el

13 Entre la numerosa literatura destaco el análisis histórico de Anibal Pinto: "Chile, el modelo ortodoxo y el desarrollo nacional", en *El Trimestre Económico*, 192, México, 1981; la periodización realizada por Tomás Moulián y Pilar Vergara: "Estado, ideología y políticas económicas en Chile, 1973-1978": *Estudios CIEPLAN* 3, Santiago, 1980; y la investigación comparativa para el Cono Sur de Alejandro Foxley: *Expedimentos neoliberales en las economías latinoamericanas*, *Estudios CIEPLAN* 7, Santiago, 1982. Un excelente resumen ofrece Pilar Vergara: *Autoritarismo y cambios estructurales en Chile*, FLACSO, Documento de Trabajo 132, Santiago, 1981.

Una visión panorámica de los cambios sociopolíticos presenta el *dossier* preparado por la *Revista Mexicana de Sociología* (1982/2) y publicado por FLACSO: *Chile 1973-1981*, Santiago, 1983.

14 Friedrich Hayek: "El ideal democrático y la contención del poder", en *Libertad y Leviatán*, Revista de Estudios Públicos, núm. 1, Santiago, 1980, pág. 75. Para un análisis crítico remito a los conocidos trabajos de Claus Offe y otros (traducidos en *Revista Mexicana de Sociología*, número especial de 1981) y mi artículo: "El proyecto neoconservador y la democracia", en *Crítica & Utopía* 6, Buenos Aires, 1981 y en *Revista de Política Comparada* 5 y 6, Madrid, 1981.

propietario privado absorbe al ciudadano.

Ello se expresa semánticamente. Mientras antes el orden era pensado y construido en torno a las categorías de nación, participación, representación y voluntad colectiva, el enfoque neoliberal lo concibe en términos de tasa de inflación, tasa de interés, tasa de emisión monetaria y tasa de desocupación¹⁵. Con lo cual las categorías económicas se cargan de significación política. Por consiguiente, quedan cortas las críticas exclusivamente económicas que no tienen en cuenta la politicidad de la economía burguesa, "la crítica de la economía política" (Marx).

El modelo neoliberal muestra una curiosa similitud con las proposiciones del joven Marx. Aunque ambos postulan una "extinción" de la política, se trata de *dos* utopías de "sociedad autogobernada". Marx piensa en un individuo plenamente socializado, o sea, en un control consciente y directo de la "asociación libre de productores libres" sobre el proceso de producción. Los neoliberales, en cambio, plantean la absorción de la política por parte de una economía autorregulada. Son las leyes del mercado —y no los hombres asociados— quienes organizan la vida en sociedad. De este modo, la voluntad colectiva es vaciada de contenido. En conclusión, paralelamente al orden jerárquico, también el orden de mercado se apoya en una idea de providencia que deja a la política sin sentido.

* * *

Esta radical despolitización de la vida colectiva es acentuada por la resignificación de lo público. En Chile, el ámbito público ya no remite a la *res pública*, ese mundo de cosas que une y separa a los hombres al mismo tiempo. Ya no se trata del espacio político donde los hombres aparecen en público, reconociéndose a "sí mismos" en una identidad colectiva. Después de 1973, la política deviene un asunto privado y los hombres aparecen en público tan

¹⁵ Recomiendo el artículo de Sheldon Wolin: "The New Public Philosophy", en *Democracy*, enero 1981.

sólo a la luz del mercado. Lo público remite ahora al público consumidor, o sea, a hombres y mujeres privados.

Ocurre una drástica modificación de la sociabilidad¹⁶. Esta ya no reside en prácticas y voluntades colectivas; de manera significativa queda reducida a los mundos individuales del consumo. El mercado ha logrado socavar los intereses organizados que eran la base social del antiguo sistema político, que pierde así sus referentes sociológicos e ideológicos. En este sentido, la ofensiva neoliberal obtiene una importante victoria política. Gracias al consumo mercantil, la movilización colectiva ha sido desplazada por el ascenso individual. "En vez de entregar energías a la lucha por el cambio de estructuras como medio de ascenso social, la gran revolución de este Gobierno consiste en que cada persona toma decisiones de carácter privado, adquiere legítimamente lo que corresponde y entiende prácticamente el valor dinámico de la propiedad" (Editorial de *El Mercurio*, 2-5-82). La actual crisis destruye las expectativas de consumo, pero no necesariamente el "modo de vida" interiorizado. Es de temer que el consumismo (para llamar de alguna manera esa vivencia del mercado) condicione el margen de cambios posibles en el futuro.

El proceso ha dejado dislocada una oposición que enfoca la política primordialmente como organización de intereses objetivos y conciencias prefijadas. La expansión del mercado destruye las pautas de interacción y, por ende, las redes sociales tradicionales, aislando al individuo en su vida singular. Ahora bien, como dice Hannah Arendt, vivir una vida privada por completo significa por encima de todo estar privado de ver y oír a los demás, de verse y oírse a sí mismos¹⁷. No es que no exista ninguna "vida social"; al contrario, todo pretexto es válido para "estar juntos". Pero es una sociabilidad *privada* de referentes colectivos. Pierde vigencia una interpelación de "la clase" o el "pueblo".

16 Cfr. José Joaquín Brunner: "Entrevistas, identidades, discursos"; FLACSO, Santiago, 1983.

17 Hannah Arendt, *op. cit.*, pág. 84.

No obstante, conserva fuerza la ortodoxia comunista. La disgregación de los lazos sociales agudiza en los individuos aislados la necesidad de identidad y trascendencia, de arraigo y pertenencia sociales. La ortodoxia logra satisfacer estas necesidades psicosociales al recoger la dimensión religiosa de la política a través de un conjunto de mitos y rituales, símbolos y ceremonias, que ofrecen al militante un espacio de continuidad. Esta necesidad de autoafirmación, plenamente justificada, no deja de ser problemática. ¿Cómo renovar en tales circunstancias la cultura política? En medio de tantas cosas rotas, el hombre común está poco dispuesto a cuestionar lo "normal y natural". Por lo demás, no se hace política en base a preguntas y dudas. Y, sin embargo, me pregunto: ¿cómo iniciar la recomposición de una convivencia democrática?, sino explorando y explicitando las experiencias de estos "años de plomo".

De la crítica a las condiciones de vida existentes emergen dos temas cuya reflexión podría orientar un proceso de transformación social (incluso socialista; esto es, una socialización de la transformación de la realidad). Ya mencioné un tema, la *formación de los sujetos políticos*, que aparece planteado en una nueva perspectiva. No se trata del sujeto como "expresión" de la estructura de clases o como "agente" de la institucionalidad política. La preocupación aflora de ese deseo —fuerte y sublime— de trascender la futilidad de la existencia individual, de reconocerse partícipe de un "nosotros", de arraigarse en "lo propio" que a la vez sea propio de otros. Pues bien, esa necesidad de compartir "algo", de situar la propia singularidad en un "diseño general de la humanidad", nutre una constante inquietud por la *utopía*. Este tema surge no solamente como principio de esperanza; surge como referente indispensable para reconocer y afirmar la identidad propia. Es por referencia a la utopía —lo imposible— que podemos pensar "lo real", determinar "lo posible", decidir "lo deseado". Ambos temas representan un enorme potencial de politización. Digo "potencial" porque hasta ahora estas preocupaciones no han creado interpelaciones en las cuales cristali-

zarse como opciones políticas concretas. Y (debo añadir también) porque suelen ser sublimadas/reprimidas aquellas percepciones de la propia miseria que no permiten visualizar simultáneamente su superación. Lo trágico de una dictadura es obligar a los hombres a defender su identidad con tal fuerza que ya no logran imaginar un modo de vida diferente.

* * *

Hemos constatado la erosión de la "vida pública" en tanto elaboración de un orden común por medio del cual los hombres se relacionan, se agrupan y se distinguen. Las distancias sociales se profundizan, los límites se rigidizan, sin que un proyecto los articule. El desarrollo de la sociedad transcurre sin otro rumbo que el que pueda imprimir cada individuo a su existencia privada. El mercado no puede dar al acontecer social una dirección por referencia a la cual la vida individual adquiere una significación que trascienda su horizonte cotidiano.

Se ha desvanecido la perspectiva de un progreso (consumo) ilimitado y se revela a todas luces la naturaleza humana, demasiado humana de la economía de mercado. Así como en un momento la política fue pensada en términos económicos, así la crisis económica (derrumbe del sistema bancario, devaluación monetaria, quiebras y desempleo) remite nuevamente la política.

De hecho, la extensión del mercado no borra su origen político. Siempre queda visible la imposición autoritaria del mercado. La dinámica del proceso de producción requiere una "coacción extra-económica" (Marx) que desmiente la "capitalización" de la sociedad chilena. Puesto que el mercado no permite calcular el futuro, todas las miradas se vuelven hacia el Estado como instancia reguladora del proceso económico. Pero el Estado ha perdido su capacidad de dirección. No basta el poder coercitivo del régimen militar. La "modernización" neoliberal reduce el Estado a una función: adaptar todas las relaciones sociales a la economía de mercado. La famosa subsidiariedad del

Estado respecto al mercado implica no solamente una reducción del tamaño y de las actividades del aparato estatal. Implica ante todo una renuncia al principio de la responsabilidad social. Cada individuo es el forjador de su destino; a lo más, surge una defensa colectiva de intereses particulares. La sociedad queda entregada a la Razón de Mercado.

La idea liberal del poder (estatal) como poder sólo coercitivo y no como poder creativo¹⁸, despoja a la sociedad de aquella instancia (separada, pero "representativa") por medio de la cual puede pensarse a sí misma en tanto totalidad y actuar sobre sus divisiones. Es a través del Estado que la sociedad dividida decide su desarrollo. Negar esa voluntad colectiva —como lo hace la utopía del mercado autorregulador— es dejar a la sociedad impotente, inconsciente y, por ende, indecisa. El orden liberal/neoliberal muestra ser un desorden.

5. LA LUCHA POR LA DEMOCRACIA

Devolver al Estado la capacidad de dirección política implica, en primer lugar, entender al Estado como representación de la *responsabilidad colectiva* de la sociedad por su desarrollo. Ello, a su vez, implica la recomposición de un *ámbito público-político*. Tras el fracaso del proyecto neoliberal, la lucha por el orden toma la forma de una lucha por un sistema político representativo. Un intento de compatibilizar representación política y economía capitalista podría estructurarse en torno a un *sistema de partidos de competencia y decisiones limitadas*. Se trataría de establecer un "sistema político" delimitado por 1) una restricción de los partidos competidores y, por tanto, de la participación ciudadana, y 2) una restricción de la

¹⁸ Me refiero a la distinción que hace C.B. Macpherson (*Democratic Theory: Essays in Retrieval*) entre *extractive power* y *development power*. Cabe recordar aquí la actualidad de la obra de Karl Polanyi: *The Great Transformation*. Ella reseña magistralmente la creación histórica del mercado y la reacción autoprotectora de la sociedad por medio de la intervención estatal.

voluntad política respecto a las estructuras económicas.

Una delimitación de la "arena política" en esos términos expresa una profunda desconfianza en la democracia en lo que implica como movilización colectiva y organización económica. Al primer punto subyace una concepción de la política determinada por la relación entre élite y pueblo. La politicidad del sistema político radicaría entonces en la estructura de mando-obediencia. El argumento en favor de tal proposición sería la gobernabilidad. En efecto, las "rupturas pactadas" exigen un tipo de negociaciones y acuerdos que parecen suponer y reforzar el protagonismo de una "clase política" a la vez que requieren cierta desmovilización y apatía de las masas. De modo implícito, se imputa a la acción individual (la élite) una racionalidad de la cual carecería la acción de masas. Pero: ¿no será la supuesta irracionalidad de las masas solamente la ausencia de una identidad colectiva estructurada? Reformulo la pregunta en términos más concretos: ¿cómo puede adquirir legitimidad la instauración de un sistema político, si no se forman simultáneamente identidades colectivas que se reconocen en esa institucionalidad?

El segundo punto expresa la creencia liberal en la libertad económica como supuesto de la libertad política. Es decir: el sistema político como cáscara protectora del libre intercambio entre los individuos. A diferencia de otros países¹⁹, el pensamiento liberal chileno sigue enfatizando la defensa del individuo frente a la acción estatal. Con lo cual paradójicamente la protección de la libertad individual puede llegar a ser tal que finalmente los individuos ya no son libres de elegir la forma de sus relaciones económicas. En otras palabras: postulando ya no la unidad nacional sino la libertad económica como una identidad fijada a priori, la defensa de la "sociedad libre" (Popper)

¹⁹ Pienso en Croce para quien los fascistas no eran liberales, no porque extendieran el aparato estatal sino porque su monopolio de poder negaba el pluralismo y la tolerancia. Croce establece una clara distinción entre liberalismo y "laissez-faire" que el neoliberalismo ignora. Cfr. recientemente David Roberts: Benedetto Croce and the Dilemmas of Liberal Restoration, *The Review of Politics* 44/2, abril 1982.

permitiría excluir toda interpretación divergente. Con lo cual, tal sociedad *abierto* a la iniciativa privada seguiría siendo una sociedad *cerrada* a una responsabilidad compartida.

En conclusión, la libertad individual no puede significar la negación del Estado sino la participación en él. Considerando la experiencia chilena reciente, la tarea pareciera consistir en organizar la participación ciudadana de modo que la diversidad social articule una racionalidad que asegure a *todos* el "derecho a la vida". Una formulación como ésta (aunque fuese menos tentativa) no pretende resolver ningún problema. Pero quizá contribuya a elaborar un enfoque más adecuado. Ya no es satisfactorio plantear el "campo de lucha" en el marco del pluralismo liberal. Este tiene por referente al sujeto individual (y la asociación de individuos) y concibe la interacción política en analogía al contrato/intercambio entre propietarios de mercancías. Del presente análisis se desprende otra perspectiva. Presumo que la presente crisis no concierne solamente la relación entre los actores sino fundamentalmente la subjetivación de los individuos aislados. Más que una *lucha entre* sujetos ya constituidos en una *lucha por* las identidades políticas: su delimitación, pero también su reconocimiento recíproco. La politicidad del sistema político estaría entonces determinada por "una lógica de la reciprocidad de la cual puede salir confirmada, redimensionada o desmentida la propia identidad"²⁰. La identidad política ya no sería una esencia metafísica ni un atributo natural; cristaliza la elaboración conflictiva de proyectos colectivos acerca de lo que es y lo que podría ser el orden. Vuelvo así sobre mi tesis inicial: *la construcción del orden junto con y por medio de la formación de los sujetos*.

¿Nos permite esta línea de reflexión determinar el significado *democrático* de la política? Me limito a una constatación más prudente: interpreto las luchas por el orden (en Chile) como una reivindicación de la creativi-

²⁰ Gian Enrico Rusconi, citado por Oscar Landi: *Crisis y lenguajes políticos*, CEDES, Buenos Aires, 1982.

dad de la política. La conclusión no es pobre. Reivindica una responsabilidad por crear deliberadamente las condiciones sociales de vida. Frente a las invocaciones de la "unidad nacional" o de las "leyes del mercado", pero también de cualquier "necesidad histórica", quiero terminar citando a Pietro Ingrao²¹. "Política para mí es esto: yo y otros juntos, sujetos políticos y colectivos, no preconstituidos por alguna *providencia* sino crecidos en el conflicto históricamente determinado en la sociedad. Fuera de lo cual no sabría hacer política. Digo aún más: francamente, no veo por qué debiera interesarme por la política".

21 Pietro Ingrao: *Tradizione e progetto*, De Donato, 1982, pág. 116.